

# Las Islas o las catacumbas creadoras de María

Zambrano

Jorge Luis Arcos

“Las Islas, lugar propio del exiliado que las hace sin saberlo allí donde no aparecen. Las hace o las revela dejándolas flotar en la ilimitación de las aguas posadas sobre ellas, sostenidas por el aliento que viene de lejos remotamente, aun del firmamento mismo, del parpadear de sus estrellas, movidas ellas por invisible brisa. Y la brisa traerá con ella algo del soplo de la creación”.

M. Z. *Los bienaventurados* (1990)

Cuando María Zambrano arriba por primera vez a Cuba en 1936, camino de Santiago de Chile, no podía sospechar que esa isla iba a formar parte muy importante de su destino. La misma noche de su llegada a La Habana, en un significativo *azar concurrente*, asiste a una cena en La Bodeguita del Medio donde conoce al joven escritor José Lezama Lima. Todavía el futuro la ligaba a un proyecto utópico y revolucionario: la España republicana. Todavía la Historia tenía para ella un sentido concreto, presente, nacional incluso. Todavía la Historia no era la historia apócrifa, la historia sacrificial. Todavía no había conocido el abismamiento sin límites de la derrota, como reflexionará años más tarde en su ensayo “Sentido de la derrota”, publicado en La Habana en 1953. Ni todavía su patria era el exilio. Y, sin embargo, algo especial siente para siempre en ese “encuentro sin principio ni fin” con el futuro autor de *Paradiso*, el que cuarenta años después, el mismo día de su muerte, le inspirará uno de sus textos más significativos: “Hombre Verdadero: José Lezama Lima” (1977), donde

destila su profecía más osada -la culminación de la *persona* zambranista, ya vislumbrada en *Persona y democracia: la historia sacrificial* (1958)-, acaso la linde última de su razón poética, como también explaya en *Claros el bosque* (1978), *De la Aurora* (1986) y *Los bienaventurados* (1990), libros que, junto a *Notas de un método* (1989) y *Los sueños y el tiempo* (1992), constituyen sus proyectos creadores más significativos, luego de la publicación en 1955 de *El hombre y lo divino* (1955).

Como es conocido, luego de su breve estancia chilena, interrumpida por el recrudecimiento de la guerra civil, María regresa a España, de la que saldrá ya como exiliada, peregrina, el 28 de enero de 1939. De nuevo, esta vez camino a hacia México, hace escala en La Habana, a donde regresará finalmente el 1 de enero de 1940 para iniciar su larga estancia en las Islas –Cuba y Puerto Rico- que se prolonga hasta 1953. Son esos trece años de los más fecundos en la vida y obra de la pensadora andaluza. Aunque ya desde unos años antes se había verificado su desvío de Ortega, -“Hacia un saber sobre el alma”(1934)-, partiendo de una arista no desarrollada en el pensamiento de su maestro, como la propia pensadora reconoce muchos años después, a propósito de lo que será el centro de su saber: la *razón poética*, creo que es durante su estancia en Cuba y Puerto Rico que esa razón poética se configura como un ambicioso, omnicompreensivo proyecto creador en su doble y simultánea vertiente: intelectual y vital, sobre todo por la revelación, la vivencia misma del mundo de lo sagrado en lo que ella llamó las *catacumbas*<sup>1</sup> en una carta dirigida a Virgilio Piñera en 1941. Ciertamente es que en su texto de 1937, “*La guerra de Antonio Machado*”, había enunciado el término de *razón poética*, y que ya en “Nostalgia de la tierra” (1933), aparece la evocación del mundo de lo sagrado; asimismo, esta primera articulación de la razón poética cuajará en los dos libros publicados en México, *Filosofía y poesía* (1939) y *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939), que pueden complementarse con muchos de los textos que escribe por esos años –entre 1933 y 1944- y que incluye en *Hacia un saber sobre el alma* (1950). Pero es durante su estancia en las islas, mayormente en

---

<sup>1</sup> María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Edición e introducción de Jorge Luis Arcos. Madrid, Endymión, 1996.

Cuba, que María Zambrano irá escribiendo los textos que luego conformarán su primera gran obra de madurez: *El hombre y lo divino* (1955).

Efectivamente, en *De la Aurora* la pensadora malagueña aísla el punto a partir del cual su pensamiento tomó un camino propio. En el capítulo “Los seres de la Aurora”, rememora aquel “logos del Manzanares”, humilde río que atraviesa Madrid. Ortega, en el prólogo a su libro *Meditaciones del Quijote* (1914), había expresado: “Hay también un logos del Manzanares: esta humildísima ribera, esta líquida ironía que lame los cimientos de nuestra urbe, lleva, sin duda, entre sus pocas gotas de agua, alguna gota de espiritualidad”<sup>2</sup>. “Es un logos órfico”, dice María Zambrano, “aunque Ortega no lo presentara nunca así (...) La senda que yo he seguido, que no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica, no debe ser, en modo alguno, atribuida a Ortega. Sin embargo, él, con su concepción del logos, me abrió la posibilidad de aventurarme por una senda en la que me encontré con la razón poética; razón, quizá la única, que pudiera hacer, de nuevo, encontrar aliento a la filosofía para salvarse -al modo de una circunstancia- de las tergiversaciones y trampas en que ha sido apresada”<sup>3</sup>. Porque en aquel prólogo aludido, Ortega hablaba también, rememorando la escuela platónica, de la necesidad de salvar las apariencias, de descender hasta ellas y salvarlas. Justamente es este el superobjetivo de todo el pensamiento de María Zambrano, quien ya desde “Hacia un saber sobre el alma” (1934) -entonces muy cerca de Nietzsche, Simmel y Scheler- y hasta su plenitud en *El hombre y lo divino* (1955), va desarrollando lo que ella denominó como *categorías íntimas de la vida*, propias del mundo de lo sagrado. No por gusto le confiesa en una carta a Medardo Vitier en 1951, agradeciéndole su lectura de *Hacia un saber sobre el alma*, que “no voy, sino que vengo de la Filosofía”, y que “la Filosofía es el Purgatorio y hay que recorrerlo yendo, viniendo, convirtiendo el laberinto en camino”<sup>4</sup>. Por cierto, en esta misma carta se comprueba que en ese mismo año había María Zambrano enviado para su publicación en París *El hombre y lo divino*, al que pensaba titular por entonces *La Ausencia*. De manera que no hay

---

<sup>2</sup> José Ortega y Gasset. “Lector”. En su *Meditaciones del Quijote*. Buenos aires, Espasa Calpe, 1942.

<sup>3</sup> María Zambrano. *De la Aurora*. Madrid, Turner, 1986.

<sup>4</sup> María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Cit.

dudas de que su proceso de concepción y escritura ocurrió en sus años insulares, en sus catacumbas creadoras.

### *De las catacumbas*

Es esta idea de las catacumbas una de las más reveladoras del sentido órfico de su pensamiento, de su descenso a los ínferos, al mundo de lo sagrado, a la vez que ilumina también el sentido profundo que le confiere a su condición de exiliada. Aparece por primera vez en la carta aludida antes, de María a Piñera. Ante los deseos del escritor cubano de radicarse en Argentina para buscar un mundo cultural más dinámico que el de La Habana –Buenos Aires era entonces como una avanzada de Europa-, María le confiesa: “Yo he preferido estas islitas sin embargo o tal vez por eso mismo, pues el mejor europeo de hoy, es decir, la mejor vocación europea, creo que es la de las catacumbas, y es desde luego la que yo tengo”. Hay en María siempre una profunda simetría entre su destino y sus búsquedas intelectuales. Ya le decía Medardo Vitier que, en *Hacia un saber sobre el alma*, ella lo que buscaba era “seguridades del alma”, juicio que conmueve mucho a María. A la misma vez que se sentía expulsada, exiliada de Europa, de su patria, se dedicaba a rescatar todas las realidades marginadas por el imperialismo de la razón. Saber de los orígenes, saber vital, rescate del mundo de lo sagrado, para insuflar de vida a la soberbia de la razón. Por eso, qué mejor epíteto para la razón que *poética*, como una forma de aludir a aquella sabiduría órfico-pitagórica marginada desde Platón y Aristóteles. De ahí su vocación de catacumba, como guardiana de un saber perdido, un logos sumergido, un légamo reminiscente. Catacumba y légamo creadores, *lámparas de fuego en noche oscura*.

En su ensayo de 1943, “Las catacumbas”, precisa y ensancha el significado de su comentario a Piñera. Sí, en efecto, sentía a esas “islitas” como unas catacumbas, mas con el sentido cristiano de ocultación y descendimiento, o con el de ese “entremos más adentro en la espesura”, de la “Noche oscura”, de San Juan de la Cruz. Dice allí: “tenía que bajar a enterrarse en las catacumbas como el grano de trigo en los misterios de Elusis para salir luego a la luz”, como paso previo a una añorada resurrección, porque, insiste, “nadie entra en la nueva vida

sin pasar por una noche oscura, sin descender a los infiernos, según reza el viejo mito, sin haber habitado alguna sepultura”, como una rediviva Antígona también. Por eso se sintió tan cerca del orfismo lezamiano, “católico órfico, según él mismo se declaró”, dice, y considera a *Paradiso* “una obra auténticamente dentro de la tradición órfica”<sup>5</sup>, y se reconocía en su creencia en la resurrección. Por eso acaso describió mejor que nadie a esa “Cuba secreta”, subterránea pero esencial, como una promesa de un futuro advenimiento. Cuba secreta precisamente entrevista a través del testimonio de los poetas, a través de un conocimiento infuso, simbólico, como el de sus amados *exégetas andaluces*, aludidos en “La Cuba secreta” (1948), de antiguo linaje sufí. Precisamente en “Las catacumbas” describe su necesidad de una vía *otra* de conocimiento –muy cercana a la mística de San Juan de la Cruz (incluso al *conocimiento amoroso martiano*), cuya simbología casi textual recrea en este comentario tan iluminador:

*Y así la única comunicación que parece efectuarse es esta que realiza el presentimiento, emparentada tan cerca con lo que algunos místicos han llamado “ver con el corazón”. Ver con el corazón, sentir lo que no está delante, habitar con el sentimiento allí donde no se está, participar en la vida misteriosa, oculta, en la vida entrañable de esos millones de seres de los que la distancia nos ha cercenado, rehacer el camino todos los días para ir a participar de su dolor, o dejar a fuerza de quietud y de silencio que venga a encontrarnos esa llama pequeña pero ardiente, esa lengua de fuego que consume espacio y atraviesa muros, por ser de naturaleza espiritual, fuego que se enciende en lo hondo y alumbra el pensamiento. Esa llama y ese fuego que debieron salir allá en los siglos II y III de esas cuevas que se llamaron Catacumbas.*

Por eso escribí en mi prólogo a *La Cuba secreta y otros ensayos* que esas “islitas”, que María sintiera como unas luminosas catacumbas, esas islitas de resurrección, acaso sus “insulas extrañas”, fueron decisivas para la configuración final de su pensamiento. Entreveramiento de la Historia, de su destino personal y de su razón poética. En carta a Cintio Vitier, en 1979, es explícita: “Y así lo que yo les daba era lo que en mí ardía, la llamita de la resurrección ya, que no hubiera ardidido en mí con tanta inocencia si ustedes no la hubieran abrigado, abrigando la mía por abrigarla ya en el fondo de su ser

---

<sup>5</sup> María Zambrano. “Breve testimonio de un encuentro inacabable”. En: José Lezama Lima. *Paradiso*. Edición crítica. Madrid, Archivos, 1988.

individual y de su historia o modo de vivirla. La historia prometida, la única cierta, la única que pudo arrancarnos del Paraíso preparado ya para ello”<sup>6</sup>. Lo que nos recuerda el comentario de Lezama sobre “una nueva habitabilidad del Paraíso por el conocimiento poético”, pues, precisa: “Ya se sabe que fue el otro conocimiento el que lo hizo inhabitable”<sup>7</sup>. Relaciones estas también entrevistadas por Jesús Moreno Sanz en su ensayo “Insulas extrañas, lámparas de fuego, las raíces espirituales de la política en *Isla de Puerto Rico*”<sup>8</sup>. Pues, como se hace transparente en aquella cita de “Las catacumbas”, no hay mejor descripción de esas juaninas “lámparas de fuego”, que Moreno Sanz evoca en su ensayo aludido, vinculada a sus “insulas extrañas”. Las “insulas extrañas” serán pues las cavernas, las “obscuras cavernas del sentido”, las islas, las catacumbas, o, como ella enfatiza, “sus propias tinieblas, es decir, (...) sus propias entrañas”, o “El propio, inajenable corazón”. Estamos pues en la revelación y fijación del mundo de lo sagrado. Pero para acceder a una nueva luz, a una resurrección. Por eso esas islas o catacumbas son también “lámparas de fuego”. Dice: “Y se preparaban esperando que en esta noche oscura Europa y la razón viviente redescubriesen lo que en las tinieblas se vuelve a descubrir siempre, la vocación, la luz”. De manera que el ocultamiento y sumergimiento en el mundo de lo sagrado es condición previa para ascender luego hacia la luz. Para volver a nacer, lo que nos recuerda su evocado *Incipit vita nova* dantesco, del comienzo de *Claros del bosque*. La persistencia de su idea de las catacumbas durante su prolongado exilio se comprueba por la redacción de una versión posterior de su ensayo habanero, con el título “Epoche di catacumbe”, publicado en *L'Approdo letterario*, en 1960, con traducción de Francesco Tentori<sup>9</sup>.

### *De lo sagrado*

---

<sup>6</sup> María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Cit.

<sup>7</sup> José Lezama Lima

<sup>8</sup> Jesús Moreno Sanz. “Insulas extrañas, lámparas de fuego: las raíces espirituales de la política en *Isla de Puerto Rico*. En: María Zambrano. *La visión más transparente*. Madrid, Editorial Trotta, 2004. Este ensayo resulta decisivo para la intelección de la marca puertorriqueña de M. Z. Por cierto, *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, de María Zambrano, publicado originalmente en La Habana, en la imprenta La Verónica, de Manolo Altolaguirre, en 1940, se publica por primera vez en España en la presente compilación.

<sup>9</sup> *L'Approdo letterario*. Roma, (12), octubre-diciembre, 1960.

En un extensísimo ensayo, “*El alma se da en la sombra. La Cuba secreta de María Zambrano o la revelación de lo sagrado*”<sup>10</sup>, fui muy prolijo con respecto a la revelación del mundo de lo sagrado durante su estancia en Cuba y Puerto Rico. La presente compilación no tiene otro objetivo que -además de actualizar tanto la cronología como la bibliografía insulares de y sobre María Zambrano, contenidas en *La Cuba secreta y otros ensayos* (1996), ampliándola también a Puerto Rico- ofrecer una muestra antológica significativa de tres instancias decisivas de su pensamiento, a saber: revelación del mundo de lo sagrado y de las categorías íntimas de la vida, razón poética e insularismo<sup>11</sup>; tres instancias, en realidad, inextricablemente unidas y que constituyen también, como otra lectura posible, un singular, y profundo pensamiento del exilio<sup>12</sup>. Pensamiento poético, se le puede llamar también en clave origenista, como ya se tendrá ocasión de comprobar, sobre todo a la hora de valorar su estrechísima y mutuamente fecundante relación, en primer lugar, con José Lezama Lima, y, en segundo, con Cintio Vitier y Fina García Marruz. El otro objetivo, no menos importante, es demostrar la importancia que tuvo para el progresivo desenvolvimiento y para la conformación misma de su razón poética, la experiencia de las Islas. Paralelamente, lo significativo que fue su lectura de *Diario de Cabo haitiano a Dos Ríos* -propiciada esta por Vitier y García Marruz-, de José Martí, que la condujo a publicar en Cuba su ensayo “Martí, camino de su muerte” (1953), y de la obra toda de José Lezama Lima, para la recreación zambranianiana del mito del Hombre Verdadero, de ascendencias cristiana y árabe-sufí.

De entre los muchos textos publicados por entonces en Cuba y Puerto Rico, resaltan -aparte de *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor* (1940)-, algunos incluidos en *Hacia un saber sobre el alma* (1950): “El freudismo, testimonio del hombre actual” (1940), publicado como libro en La

---

<sup>10</sup> Jorge Luis Arcos. “*El alma se da en la sombra. La Cuba secreta de María Zambrano o la revelación de lo sagrado*”. *República de las Letras*. Madrid, (89), abril, 2005. El contenido de este ensayo está incorporado casi íntegramente a la presente introducción, así como la de *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Cit.

<sup>11</sup> Jorge Luis Arcos. “María Zambrano o la isla como utopía”. En su *La palabra perdida. Ensayos sobre poesía y pensamiento poético*. La Habana, ediciones Unión, 2003.

<sup>12</sup> Sobre la problemática del exilio y María Zambrano, puede consultarse: *María Zambrano. Pensamiento y exilio*. Madrid, México, Comunidad de Madrid, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2004.

Habana en la imprenta La Verónica de Manolo Altolaquirre, “Apuntes sobre el tiempo y la poesía” (1942), que lo da a conocer Virgilio Piñera en su revista *Poeta*, y “La Escuela de Alejandría” y “La metáfora del corazón (fragmento)”, ambos de 1944, también publicados en La Habana. Asimismo, publica varios textos que luego aparecerán en *El hombre y lo divino*, como es el caso de “Los males sagrados: La Envidia (fragmento)” (1946), “Para una historia de la piedad” (1949), “De la paganización” (1951), y “Una metáfora de la esperanza: la ruinas” (1951), todos en La Habana, aunque este último es publicado también con otra versión en Puerto Rico en 1953, con el título “Las ruinas”. Pero, para la develación de lo sagrado, nos interesa comentar ahora, aparte de “Las catacumbas”, ya entrevisto, “Apuntes sobre el tiempo y la poesía”, “La Cuba secreta” (1948), “Lydia Cabrera, poeta de la metamorfosis” (1949), “Dos fragmentos acerca del pensar” (1956) y “Wifredo Lam” (1981). Otros dos textos completan este núcleo significativo, “San Juan de la Cruz” (1942) –aunque con versión anterior en 1939- y “La muerte de un poeta” (1949), publicados ambos en La Habana.

Ya Moreno Sanz ha agotado todas o casi todas las implicaciones que se derivan de su estancia -simultanea con La Habana- en Puerto Rico (1940-1946), en su magistral ensayo “Insulas extrañas, lámparas de fuego...”. Sin embargo, creo que a pesar de haber escrito yo mismo varios ensayos sobre la significación de su estancia en Cuba, y que el conocimiento de su marca cubana en Moreno Sanz es previo al de su marca puertorriqueña, la llamada Cuba secreta ha continuado resguardando sus secretos. Y creo que lo que faltaba era precisamente la integración de la dimensión de lo sagrado –en Cuba, quiero decir- como parte esencial de su razón poética. Aunque el título de su libro acaso más emblemático, *El hombre y lo divino*, no alude expresamente a ese ámbito, todo su contenido ilustra su rescate e incorporación<sup>13</sup>. De manera que el tránsito de lo sagrado a lo divino y, posteriormente, la constatación de la *ausencia* de Dios o *el eclipse de lo divino* en el mundo contemporáneo, y el regreso, ya negativo, del mundo hermético de lo sagrado, no es solo una fijación historicista –con todo lo que debió pesar por entonces la experiencia trágica de la Segunda Guerra Mundial y

---

<sup>13</sup> Véase: Jesús Moreno Sanz. Imán, centro irradiante: el eje invulnerable”, prólogo a María Zambrano. *El hombre y lo divino*. Barcelona, Círculo de lectores, 1999.



de la guerra civil española en el ánimo y el pensamiento de María-, ni siquiera, con ser mucho ya, una suerte de reconciliación de filosofía, poesía y religión, pero rescatando todo lo que esas tres instancias, con diferente proporción, es cierto, han dejado en el olvido, sino el develamiento de la vida sumergida, que no podemos menos que identificar con el mundo de lo sagrado: el alma, las entrañas, las creencias, las pasiones, los sueños, los delirios, los anhelos y las esperanzas, lo que ella llamó las formas o categorías íntimas de la vida, y que desde Nietzsche, Scheler, Simmel, Unamuno y hasta el propio Ortega con la enunciación de su razón vital, había sido un reclamo sin verdadera respuesta. Aunque el núcleo de esa búsqueda comienza muy atrás, acaso desde “Ciudad ausente” (1928), pasando por “Nostalgia de la tierra” (1933) y “Hacia un saber sobre el alma” (1934), hasta llegar a un texto como “La guerra de Antonio Machado” (1937), todo lo cual se abordará ya como problema en el dintel mismo de su exilio, en México, en 1939, cuando publica *Filosofía y poesía y Pensamiento y poesía en la vida española*, es en Cuba y Puerto Rico donde, impelida precisamente por el destierro y por la vivencia física, carnal de otra tierra, ella consiente en descender a los ínferos, a los profundos, a sus catacumbas, y tiene la vivencia, casi mística, de lo sagrado. No para quedarse en esas peligrosas nupcias, claro, sino para ascender desde y con ellas hacia lo divino. Quiero decir, que lo que ella denuncia como terrible síntoma de nuestro tiempo, la ausencia de lo sagrado primordial y lo divino, o el regreso al hermetismo de lo sagrado ya en el plano terrible de la Historia, pasa por ser también una experiencia propia, aunque en ella se dé con el sino opuesto, como una suerte de re-encarnación. Revelación del espíritu pero sin olvidar el alma, como quiere sugerir la frase de Lezama *el alma se da en la sombra*, tomada a su vez de unos anónimos decimistas cubanos. O como diría el propio Lezama, su gran alma afín, las nupcias gnósticas de lo telúrico con lo estelar. Repasemos ahora, siquiera sea brevemente, los momentos culminantes de esas nupcias, de ese rescate, de ese menester de conocimiento y salvación.

En un texto anterior a “La Cuba secreta” (1948), “Apuntes sobre el tiempo y la poesía” (1942), expresa: “La poesía primera que nos es dado conocer es lenguaje sagrado, más bien el lenguaje agrado propio de un período sagrado anterior a la historia, verdadera prehistoria”. Hay, sin embargo, un momento que nos inquieta

mucho en este texto, porque parece ser la explicación indirecta de lo que le sobrevendrá a ella misma en las islas de Cuba y Puerto Rico, cuando siente a aquella como una patria pre-natal. Se está refiriendo a espacios, “zonas de una realidad hasta entonces oculta, velada”, y que “cuando se abren han de ser sentidos no como conquistados sino como recuperados, puesto que se ha vivido con la angustia de su ausencia; la nostalgia de lo que nunca se ha tenido hace sentir cuando al fin se goza, como un volver a tenerlo”. Esto es, como un reconocimiento. Luego precisará que aunque ese espacio pueda ser confundido con el de la infancia, el verdadero poeta, a lo Rimbaud, sabe “que su nostalgia es de un tiempo anterior a todo tiempo vivido y su afán por la palabra, afán de devolverle su perdida inocencia”. Ya ella había afirmado en *Filosofía y poesía*, que “poesía es sentir las cosas en *status nactus*”. Y Lezama, concurrentemente, que “el poeta es el testigo –único que se conoce- del acto inocente de nacer”, de donde se deriva ese pensamiento tan consustancial a ambos sobre la resurrección, sobre volver a nacer. Ese *Incipit vita nova* dantesco que resuena en *Claros del bosque* como una profecía o en su último prólogo de 1987 a *Persona y democracia*. Es curioso, asimismo, que hable también de “la inocencia perdida sin compensación”, a lo que Lezama había aludido también en sus versos enigmáticos: “El pecado sin culpa, eterna pena...”. Luego, discurre sobre el tiempo ido, y dice que: “La poesía lo llora, luego intentar ,recordandoá crear la imagen mágica del tiempo sagrado por una forma de lenguaje activo, creador”, lo que nos recuerda su cita inicial de Louis Massignon en la primera edición de *Filosofía y poesía*, por cierto, muy utilizada por Lezama como imagen central de su ensayo “Juan Clemente Zenea”, cuando alude a la flauta del maligno:

*Un teólogo musulmán, Hallach, pasaba un día con sus discípulos por una de las calles de Bagdad cuando le sorprendió el sonido de una flauta exquisita. “¿Qué es eso?”, le preguntó uno de sus discípulos y él responde: “Es la voz de Satán que llora sobre el mundo”. Satán llora sobre el mundo porque quiere hacerlo sobrevivir a la destrucción; llora por las cosas que pasan; quiere reanimarlas, mientras caen y solo Dios permanece. Satán ha sido condenado a enamorarse de las cosas que pasan y por eso llora.<sup>14</sup>*

---

<sup>14</sup> Excergo de la primera edición de *Filosofía y poesía*. México, Morelia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Michoacán, 1939. Inexplicablemente esta cita de Louis Massignon fue suprimida de todas las restantes ediciones españolas.

¿No se diría una oblicua descripción del poeta, y del menester poético como conocimiento de salvación? También se aproxima María en este ensayo a su concepción del *ancho presente* cuando escribe: “Seguirá buscando la inocencia de la palabra y lo hará ahondando más y más en el interior de nuestra hermética vida hasta encontrar un cierto espacio, lago de calma y quietud; ese punto, ese centro desde el cual es posible poseerlo todo, sin perderlo ya más”. Punto, centro, que, además del ancho presente, nos recuerda el *tokonoma* de Lezama, de su poema “El pabellón del vacío”. Se diría que este texto de 1942 ilustra las certidumbres cognoscitivas que hasta cierto punto traía María Zambrano y que fueron encontrando, ya desde 1940, su vivencia, su sentir, su sentido creador en sus “ínsulas extrañas”. Por ejemplo, como luego se podrá comprobar, la conclusión de este ensayo contiene muchos de los tópicos que desarrollará después en “La Cuba secreta”. Dice allí: “Porque solamente siendo a la vez pensamiento, imagen, ritmo y silencio parece que puede volver la palabra a su inocencia perdida, y entonces ser pura acción, palabra creadora”. Pues, ¿acaso no es también esta conclusión una clara anticipación de su razón poética?

#### *La Cuba secreta o revelación de lo sagrado*

No creo que haya otro texto donde tan explícita y profundamente revele María Zambrano su experiencia de lo sagrado como en “La Cuba secreta”, publicado en la revista *Orígenes* en 1948, a propósito de la antología *Diez poetas cubanos*, compilada por Cintio Vitier, donde da a conocer a los diez poetas origenistas. Este texto prácticamente dotó de una ontología filosófica al pensamiento poético origenista. Pero a la misma vez contiene una parte propiamente confesional de la propia María. Si lo sagrado es el tiempo de los orígenes, suerte de prehistoria, o historia ancestral, tiempo entonces poético por excelencia, como ella misma precisa en otra ocasión, toda su experiencia cubana y puertorriqueña (pero sobre todo aquella primera, por su relación con la Poesía) son, para María Zambrano, el símbolo carnal, viviente, físico, encarnado, del mundo de lo sagrado. En primer lugar, porque ella lo sintió así, quiero decir, no creo que haya ninguna realidad exenta de esa presencia, pero era lo que ella buscaba entonces, si bien es

cierto que su contacto con un imaginario *otro* tuvo que favorecer ese encuentro, ese descendimiento, esa revelación.

No es casualidad que, en apenas unos días en La Habana, en su primera visita en 1936, y luego en otra también muy rápida, en 1939, ella aísle en una frase de una carta a Lezama su recuerdo de “El baile de los negros en Marianao”<sup>15</sup>. Por cierto, Mario Parajón ha precisado que ese día Lezama le comentó a María: “bailan como si *viajasen*”. Y María le respondió: “Danzan, no bailan”. También Moreno Fragonals ha precisado cómo Lezama lo acompañaba a veces a sus investigaciones de campo en solares, donde asistían a toques de santos de las transculturadas religiones llamadas afrocubanas. En un poema, “El coche musical”, Lezama escribió: “Bailar es encontrar la unidad que forman los vivientes y los muertos”. Luego, su contacto con su gran amiga Lydia Cabrera tuvo que profundizar ese conocimiento en María, a expensas de su más que probable relación con Fernando Ortiz (aunque lamentablemente no haya podido ser documentada). Concurrentemente, las religiones afrocubanas, transculturadas con la religión católica, se mueven dentro de un ámbito sagrado, politeísta, afines a las religiones y mitos grecolatinos, tan caros a María. En su texto “Lydia Cabrera, poeta de las metamorfosis”, ella advierte: “Todavía existen mundos, lugares en el planeta donde las cosas y los seres no han sido dominados del todo por el afán de dominación, donde aún palpitan asomándose por entre las rendijas de un mundo todavía sin cristalizar. La isla de Cuba es uno de esos lugares”. Y a continuación, de la mano de cierta idealización utópica, prosigue: “Las islas han proporcionado al alma humana la imagen de la vida intacta y feliz, como si fuese un regalo, del paraíso donde las dos condenas, el trabajo y el dolor quedan un tanto en suspenso...” Hasta aquí la idealización, cercana a ciertos pasajes utópicos de *Isla de Puerto Rico*.... Pero a continuación fija lo que nos interesa destacar: “mundo mágico en que la *realidad* no está delimitada, y aún el sueño puede igualar a la vigilia. Por ello fueron cuna de Dioses y de Mitología. Y patria inextinguible de la metamorfosis”. Como se sabe, y ello tendrá capital importancia para la articulación de un pensamiento poético, el mundo de la

---

<sup>15</sup> María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Cit. Para la consulta de las cartas cruzadas entre M. Z. y José Lezama Lima hay una edición completa, publicada recientemente: *Correspondencia entre José Lezama Lima y María Zambrano y entre María Zambrano y María Luisa Bautista*. Edición de Javier Fornieles Ten. Sevilla, Ediciones Espuela de Plata, 2006.

metamorfosis es dable de equivaler con el politeísmo de los dioses griegos y latinos, propio de lo sagrado, como el mundo de la transfiguración católica, con el Dios único, propio de lo divino, tema que desarrolla también en “Dos fragmentos acerca del pensar”, publicado en *Orígenes* en 1956. Luego de un bellissimo elogio de la luz en Cuba, semejante, como explicitará en otras ocasiones, con la luz de su ciudad natal, Málaga, en Andalucía (y ello es importante para la recuperación reminiscente del tiempo de su infancia, otro territorio que se confunde con o está próximo a lo sagrado), vuelve a insistir: “Y bajo esa luz, una vida que aún se confunde con el sueño. La conciencia toca más que ve y los sentidos penetran en la realidad sin encontrar resistencia. Mundo de la metamorfosis donde las formas escondidas aguardan la voz que los haga manifestarse *danzando*”<sup>16</sup>. Pero hay más, y ello ya nos acerca a su búsqueda de una razón poética. Escribe María Zambrano: “Lydia Cabrera se destaca entre todos los poetas cubanos por una forma de poesía en que conocimientos y fantasía se hermanan hasta el punto de no ser ya cosas diferentes, hasta constituir eso que se llama conocimiento poético”. Y concluye: “y realizar así la poesía, en su sentido primero de ser reveladora de un mundo, el agente unificador en que las cosas y los seres, se muestran en estado virginal, en éxtasis y danza”. Luego insistirá: “el soplo creador que da gracia y libertad para la forma más plena de vida: la danza. Danza en cuyos arabescos se dibuja un incompleto poema cosmogónico”. María Zambrano no puede dejar de transparentar un *entusiasmo* casi de raíz sagrada (y recordar que etimológicamente *entusiasmo* significa estar lleno de dioses). Ese entusiasmo la lleva a idealizar incluso la infancia:

La raza de piel oscura es la nodriza verdadera de la blanca, de todos los blancos en sentido legendario. Lo ha sido de hecho desde la esclavitud y verdadera libertad del liberto de esta isla de Cuba donde las gentes de la más clara estirpe fueron criados por la vieja aya de piel reluciente, cuyos dichos, relatos y canciones mecieron, despertando y adurmiendo a un tiempo, la infancia. Y así la venturosa “edad de oro” de la vida de cada uno se confunde en la misma lejanía con “el tiempo aquel” de la fábula ¡felices los que tuvieron pedagogía semejante!<sup>17</sup>

---

<sup>16</sup> El subrayado es mío.

<sup>17</sup> A lo que cabría añadir que la caudalosa emigración, mayoritariamente gallega, del siglo xx, participó también de esa *fabulosa pedagogía*, pues mucho cubano blanco se formó en su infancia a la vera de un aya que le trasmitía el mundo mágico gallego. Lo mismo sucedió con la emigración canaria, vazca, andaluza, asturiana, catalana, etc..

Dos tópicos, pues, destaca por sobre otros María Zambrano del imaginario develado por Lydia Cabrera: el conocimiento poético y la “memoria ancestral”. Ambas instancias también son desarrolladas un año antes, en 1948, en su texto más importante para su exposición de lo sagrado: “La Cuba secreta”<sup>18</sup>.

Es este ensayo acaso el más revelador que escribió María Zambrano en Cuba. Por varias razones. En primer lugar porque es un texto confesional. No por gusto llega a afirmar: “Cuba: mi secreto”. Es, en este sentido, la confesión de su vivencia de lo sagrado. En otro texto escrito ese mismo año de 1948, “Para una historia de la piedad”, afirma que “antes de que la Historia aparezca, hay una prehistoria de la historia: la Poesía” y, concurrentemente, que: “Es, quizá, el sentimiento inicial, el más amplio y hondo; algo así como la patria de todos los demás”. También dice que es como “la prehistoria de todos los sentimientos positivos” o “la matriz originaria de la vida del sentir”, es decir, como ella misma aduce, de “las entrañas”, esto es, de lo sagrado. Pero reparemos – pasando por alto, momentáneamente, otras importantísimas consideraciones que hace sobre la piedad- en que al final lleva a la piedad hacia lo íntimo de la persona: “Es simplemente nuestra propia vida. El misterio no se halla fuera; está dentro y en cada uno de nosotros, al par que nos rodea y nos envuelve. En él vivimos y nos movemos. La guía para no perdernos en él, es la Piedad”. Volvamos entonces a “La Cuba secreta”.

Leamos entonces a la luz de las anteriores consideraciones la confesión de María Zambrano, su “secreto”:

Como un secreto de un viejísimo, ancestral amor, me hirió Cuba con su presencia en fecha ya un poco alejada. Amor tan primitivo que aun más que amor convendría llamar “apego”. Carnal apego, temperatura, peso, correspondiente a la más íntima resistencia; respuesta física y por tanto sagrada, a una sed largo tiempo contenida. No la imagen, no la viviente abstracción de la palma y su contorno, ni el modo de estar en el espacio de las personas y las cosas, sino su sombra, su peso secreto, su cifra de realidad, fue lo que me hizo creer recordar que la había ya vivido. Mas, las imágenes no podían coincidir con aquellas vistas mientras aprendía a ver: la rama dorada del limonero a la caída de la tarde en el patio familiar... Ninguna figura ya proyectada en el espacio exterior. Quizás un poco el terroso dulzor de la caña de azúcar extraída por una boca sin dibujo aun

---

<sup>18</sup> María Zambrano. “La Cuba secreta”. *Orígenes*. La Habana, a. V (20): 3-9, 1948.

y la densa sombra de los árboles fundiéndose con la tierra, tierra ya antes de caer en ella. Pues al lado de aquel Mediterráneo, como en las orillas de este mar de La Habana, la luz y la sombra caen directamente sobre la tierra hundiéndose. Pero todo eso no bastaría. Pues sólo unas cuantas sensaciones por primarias que sean, no pueden “legalizar” la situación de estar apegada a un país. Algo más hondo ha estado sosteniéndola. Y así, yo diría que encontré en Cuba mi patria pre-natal. El instante del nacimiento nos sella para siempre, marca nuestro ser y su destino en el mundo. Mas, anterior al nacimiento ha de haber un estado de puro olvido, de puro estar yacente sin imágenes; escueta realidad carnal con una ley ya formada; ley que llamaría de las resistencias y apetencias últimas. Desnudo palpar en la oscuridad; la memoria ancestral no ha surgido todavía, pues es la vida quien la va despertando; puro sueño del ser a solas con su cifra. Y si la patria del nacimiento nos trae el destino, la ley inmutable de la vida personal que ha de apurarse sin descanso –todo lo que es norma, vigencia, historia, la patria pre-natal es la poesía viviente, el fundamento poético de la vida, el secreto de nuestro ser terrenal.

Y así sentí a Cuba poéticamente, no como cualidad sino como substancia. Cuba: substancia poética visible ya. Cuba: mi secreto.

¿Qué hacer con tan sobrecogedora confesión?, me preguntaba en otro texto, por lo que me he permitido transcribirla íntegramente. Leyéndola creo que no queda duda alguna de que lo que encontró *dentro de su alma* en Cuba fue lo sagrado. Pero lo sagrado, como hemos visto que dice también, es la Poesía. Pre-natalidad<sup>19</sup>, infancia, memoria ancestral, matriz originaria, Poesía, misterio, sede de los sentimientos últimos, originarios, es decir, la Piedad. Esta vivencia ¿no es entonces la de la razón poética? Y por si hubiera alguna duda, a continuación pasa María Zambrano a comentar la antología *Diez poetas cubanos*, de Cintio Vitier, donde se da a conocer como grupo el legendario grupo Orígenes. Es decir, pasa a ejercer, en acto, su razón poética, que no simplemente crítica literaria o poética. Pues, como veremos enseguida, todo en su exégesis está encaminado a revelar también el mundo de lo sagrado. Ello sucede en primer lugar cuando objetiva, ontologiza su secreto: “Ahora un libro de poesía cubana me dice que mi secreto, Cuba, lo es en sí misma y no sólo para mí”. Y concluye con una reflexión que está en el mismo centro de sus preocupaciones en *El hombre y lo divino*:

---

<sup>19</sup> Después, en *Delirio y destino*, también escrito en La Habana, expresará: “La verdadera historia (...) es en verdad prenatal, y para no inculcar a los padres inmediatos, diríamos mejor y más justamente, ancestral”. Sobre *lo prenatal*, puede consultarse el ensayo de Jesús Moreno Sanz “Insulas extrañas, lámparas de fuego (...)”, en *Ob. cit.*

La primera manifestación del espíritu es “física”, como quizá lo sea la última, cuando el espíritu desplegado en el hombre vuelva a rescatar la materia. Entonces, cuando tal suceda, tendremos el Paraíso; ahora, en la vida del planeta, se produce su raro vislumbre, cuando una tierra dormida despierta a la vida de la conciencia y del espíritu por la poesía –y siempre será por la poesía- y manifiesta así el esplendor de la “fysis” sin diferencias. Instante en que no existe todavía la materia, ni la vida separada del pensamiento. Es el instante en que van a producirse las imágenes que fijan el contorno y la vida del país, lo que se ha llamado en la época griega –cuando no se había revelado el Dios único- los Dioses. La existencia de los Dioses no contradice la existencia de Dios, pues los Dioses de Grecia, modelo permanente, son las poéticas esencias fijadas en imágenes, revelaciones directas de la “fysis”, instantáneas del paraíso y también del infierno.<sup>20</sup>

Y a continuación, cuando pasa a su comentario moroso de cada poeta –sobre todo de José Lezama Lima, quien merecerá después un comentario aparte- todo en su discurso- visión se demora en la manifestación de lo sagrado.

Para no olvidar mi fraterno diálogo con Jesús Moreno Sanz quiero indicar una anticipación significativa, y es la que se deriva de su análisis de la llamada poesía de la angustia (pues ella ve en la poesía de Orígenes justamente una poesía de la contra-angustia). Me refiero a lo que parece una remotísima anticipación de su prólogo a *Persona y democracia* de 1987. Y es cuando dice:

Sólo el sacrilegio, la profanación de lo sagrado –pues lo divino escapa a toda profanación- nos ha acarreado este vacío lleno de cosas, este vagar de almas herméticas en un espacio que es nada más que espacio de la extensión: la vida compuesta de sucesos; la realidad, de hechos; el espacio lleno de cosas y el tiempo de instantes; todo compuesto y descomponible, edificado y destruido, situación que la poesía transcribe en analíticos poemas o en desgarradas quejas “existenciales”, y la Filosofía “sin ver” legaliza en sus transcendentales análisis.

Compárese este texto con las desoladas consideraciones siguientes de su prólogo aludido: “Hoy no se ve ya el sacrificio: la historia se nos ha tornado en un lugar indiferente donde cualquier acontecimiento puede tener lugar con la misma vigencia y los mismos derechos que un Dios absoluto que no permite la más leve discusión. Todo

---

<sup>20</sup> En un texto posterior, también publicado en La Habana, María Zambrano ofrece una muy clara interpretación de lo sagrado a la luz precisamente de la relación aquí entrevista entre los dioses y el Dios único. Me refiero al acápite II. *El pensar entre lo sagrado y lo divino*, de “Dos fragmentos acerca del pensar”. *Orígenes*. La Habana, 1956.



está salvado y al par vemos que todo está destruido o en vísperas de destruirse”. Y precisamente es el *sacrificio* el tema central de su comentario de la poesía de Lezama:

La poesía de Lezama me pareció siempre vivir en estado más que de gracia, de sacrificio; único estado en que el alma que contrae a diario nupcias con la realidad se mantiene intacta. (...) La poesía permanece en lo sagrado y por ello requiere, exige, estado de permanente sacrificio. el sacrificio es la forma primera de captación de la realidad. Mas, tratándose de la poesía, la captación es un adentramiento, una penetración en lo todavía informe. (...) La palabra poética es acción que libera al par las formas encerradas en el sueño de la materia y el soplo dormido en el corazón del hombre. (...) La poesía (...) se alimenta del mundo de los sentidos, buscando en la “fysis” su metafísica: la metafísica del ser viviente, en el latido de cada uno de sus instantes, sin identidad. No es la transparencia –condición de la identidad- el imán de la poesía, sino ese otro indefinible género de unidad oscura y palpitante. La poesía atraviesa, sí, la zona de los sentidos, mas para llegar a sumergirse en el oscuro abismo que los sustenta. Antes de que le sea permitido ascender al mundo de las formas idénticas en la luz, ha de descender a los infiernos, de donde Orfeo la rescató dejándola a medias prisionera. Y así la poesía habitará como verdadera intermediaria en el oscuro mundo infernal y en el de la luz, donde las formas aparecen. No de otro modo, atravesando la superficie de los sentidos, la poesía de Lezama nos conduce a las “obscuras cavernas del sentido” donde las imágenes, la metáfora no son decadencia de los conceptos, remedo de la poesía. Allí la imagen es la virgen aun no presentada a la luz y la metáfora tiene, a veces, fuerza de juro. “Rapsodia para el mulo” nos parece encerrar en lo posible el secreto de su poesía; la definición más clara de su acción, que brota más luminosa en poemas tales como “Noche insular: jardines invisibles”.

¿No se diría que aquí se manifiesta esa relación ya comentada prolijamente por Jesús Moreno Sanz entre las “insulas extrañas” y las “lámparas de fuego”? De los otros poetas origenistas, destaca, por ejemplo, de Cintio Vitier, Eliseo Diego, Octavio Smith y Fina García Marruz, “una función que diríamos de *salvar el alma*”. En Fina resalta “esa hazaña que es escribir sin romper el silencio, la quietud profunda del ser”. De Cintio, “La avidez y la sed (...) de la realidad perdida de un verdadero paraíso”. En Eliseo ve a la poesía “en función de la piedad”. En Smith, pitagóricamente, observa cómo su secreto “por no poder ser sino poesía, se hace música”. Es decir, toda una filosofía de lo sagrado. Y es muy significativo que evoque “el ancestral método de mis *filósofos andaluces*”<sup>21</sup> que veo alentar en esta poesía cubana de la contra-angustia”. ¿Se referirá acaso a aquel “ver con el corazón” al que aludía en “Las catacumbas”?

---

<sup>21</sup> El subrayado es mío.

Pudieran multiplicarse los ejemplos que demuestran el peso que tuvo su contacto con Cuba en su conformación y expresión de su razón poética, a través de la vivencia y revelación de lo sagrado, de un logos órfico, sumergido, y aun de su nuevo camino, su llamada “senda órfico-pitagórica”. No es casual que conciba y escriba en Cuba *El hombre y lo divino*, y muy especialmente su capítulo “La condenación aristotélica de los pitagóricos” ¿Queremos ver su pitagorismo en acción, encarnado en su singular visión, en su *aceitosa* percepción, desde la razón poética, también órfico-pitagórica, y tan nietzscheana por sus danzarinas y musicales relaciones? Aislemos este párrafo de su ensayo “Wifredo Lam”:

El mundo del trópico no es plástico, sino musical, órfico. La pintura de Lam ha sorprendido este secreto; sus cuadros tienen una distribución musical, rítmica; el espacio es el vacío que desplazan los cuerpos sutiles en su giro. No es un espacio preestablecido, sino ganado trozo a trozo; un error de milímetro haría caer el equilibrio de sus grandes composiciones. Porque es el número quien rige la danza. Si toda naturaleza tiene su matemática, la del trópico es la más precisa y delicada; en el trópico la luz encubre y la noche revela. Pintura nocturna más que luminosa me pareció siempre la de Lam. Mas la pintura, no lo olvidemos, nació en la noche de las cavernas; conjunto e invocación a las criaturas: para que se dejaran por un instante ver según número y figura.

#### *Coda para Lezama*<sup>22</sup>

Hemos dejado para el final su esencial relación con José Lezama Lima, porque ella, toda, nos adentra en una relación de raíz sagrada. Amén de lo que ya se ha vislumbrado, comencemos por el origen. Ella misma lo ha relatado varias veces. En “Breve testimonio de un encuentro inacabable” (1988), ella narra su primer encuentro en 1936: “Se sentó a mi lado, a la derecha, un joven con grande aplomo y ¿por qué no decirlo? de una contenida belleza, que había leído algo de lo por mí publicado en la revista de Occidente” (...) En esta sierpe de recuerdos, larga y apretada en mi memoria, surge aquel joven con tal fuerza que por momentos lo nadifica todo. Era José Lezama Lima.” Y, en medio de una reminiscencia de raíz sagrada: “un encuentro de esos que no se buscan, que vienen dados o que son nacimientos en la memoria y sus laberintos, en

---

<sup>22</sup> Esta “coda” puede leerse a la luz del esclarecedor ensayo de Jesús Moreno Sanz “Guías y constelaciones”, presidido por la sura 113 del Corán, “La aurora”, que comienza así: “Me refugio en el señor de la aurora...”. En: *María Zambrano. 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*. Madrid, Residencia de Estudiantes / Fundación María Zambrano, 2004, p. 209-252.

aguas transparentes y profundas, misterio y claridad”, afirma: “aquel joven pertenecía a mi vida esencial”, y enseguida: “fue un encuentro sin principio ni fin”. En este mismo texto, que sirvió como liminar a la edición crítica de la novela *Paradiso*, María lo reconoce como un “católico órfico” e, igualmente, a su novela, como “una obra auténticamente dentro de la tradición órfica”, en lo que coincide con la percepción de Fina García Marruz<sup>23</sup>. En un texto anterior, “José Lezama Lima en La Habana” (1968), su evocación de Lezama se confunde con la de la isla, donde cree percibir “rastros del paraíso”. Inmediatamente reaparece lo sagrado: “Lo sacro se cela en el sur entre cancelas, hojas y cortinas de aire sólo atravesables para aquel que mira sin curiosidad, sin apetito siquiera de penetrar en lo sacro...”, y advierte que fue reconocida como “alguien que sabe de lo sacro permanentemente”. En su evocación de Lezama anticipa María su idea del “ancho presente” cuando escribe: “Lezama vivía en ese difícil cruce, en ese punto que es el tiempo presente, un punto –espacio-tiempo- al que hay que alzarse con destreza que sólo la más sutil sabiduría proporciona y para los que los saberes no bastan”. Y luego: “Es el presente que se crea en verdad”. Ancho presente o presente creador o eterno presente, como también vislumbra en el propio Lezama.<sup>24</sup> Es la imagen de un iniciado. Inmediatamente vincula las *entrañas* de la ciudad con las del poeta. Ya en el texto anteriormente comentado había sentenciado: “El era de La Habana como Santo Tomás lo era de Aquino y Sócrates de Atenas. El creyó en su ciudad”, lo que apoya su propia creencia, expresada en “Sobre la iniciación”<sup>25</sup> de que “Todos los iniciados tienen necesidad de una ciudad, de un lugar”. En una bellísima carta a Lezama, donde María hace equivaler a La Habana con la Andalucía de su infancia, expresa: “En La Habana recobré mis sentidos de niña, y la cercanía del misterio, y esos sentires que eran al par del destierro y de la infancia, pues todo niño se siente

---

<sup>23</sup> Véase: Jorge Luis Arcos. “María Zambrano y la Cuba secreta”. En: María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit.

<sup>24</sup> En carta a José Lezama Lima, fechada el 15 de febrero de 1975, le dice a su amigo: “¿No le parece que el presente puro y verdadero, tiempo de la certeza y de la diafanidad, nace de esta fidelidad? Los infieles no conocen el presente porque perdieron el pasado, cerrándoseles el futuro. Sólo están colgados del porvenir y por él arrastrados. / Cuando le vi aquella noche entre tantas gentes que allí había, se me destacó de todas ante todo por eso, porque le vi en el presente, un presente que no le abandonará nunca...”. En: María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit., p. 229. Otra descripción de ese “ancho presente” la desenvuelve María en “Calvert Casey, el indefenso, entre el ser y la vida”: “El tiempo: un ancho presente que se abrió. Ese presente no fugitivo, ese centro del tiempo que no sólo fluye sino que llama. Y esa llama que arde sin ser notada. Y ese ocaso sin melancolía.”, en *Ibid.*, p. 196.

<sup>25</sup> A. Colinas. “Sobre la iniciación. Conversación con María Zambrano”. *Cuadernos del Norte*. (38): 4, 1986.

desterrado. Y por eso quise sentir mi destierro donde se me ha confundido con mi infancia”<sup>26</sup>.

En otro plano concurrente la relación que se inicia en 1936 se reanuda en 1940 a través de una preocupación central de ambos: la insularidad. Ya Jesús Moreno Sanz ha demostrado prolija y profundamente la importancia que para el pensamiento de María Zambrano tuvo la redacción de *Isla de Puerto Rico (Nostalgia y esperanza de un mundo mejor)* (1941)<sup>27</sup>, escrito en La Habana a su regreso de aquella isla gemela. Lo significativo es que ese intenso librito sea dedicado a José Lezama Lima, con este comentario “quien también ha sentido y pensado sobre las islas”. ¿Conoció María el “Coloquio con Juan Ramón Jiménez” (1938)<sup>28</sup>, donde Lezama discurre sobre el mito de la insularidad? Es probable, pero en todo caso Lezama le responde esa dedicatoria con otra, en su poema “Noche insular: jardines invisibles”, cuando lo publica inicialmente en la revista *Espuela de Plata*, primera donde colaboró María de las llamadas revistas originistas, y que luego incluye en *Enemigo rumor* (1941), libro que sí lee María ese mismo año y sobre el que le expresa a Lezama que tiene “un mundo ancho, misterioso”<sup>29</sup>. Aquel poema, donde Cintio Vitier ha apreciado, en su ensayo “Crecida de la ambición creadora. La poesía de José Lezama Lima y el intento de una teleología insular”<sup>30</sup>, que “Lezama ve en la noche insular (...) el drama teológico del destierro”, y donde el poeta “realiza su encarnación verbal de la noche cubana”. Hay incluso una correspondencia, por ejemplo, entre las valoraciones de la noche por parte de María Zambrano en la pintura de Wifredo Lam y la noche insular lezamiana. Ya el mismo crítico, a quien Lezama le dirige una importante carta donde expone su poética y donde le convida a crear una “teleología insular”<sup>31</sup>, había apreciado cómo en Lezama “Hay una enemistad original, de raíz sagrada, entre la criatura y sustancia poética”. Pero también en aquel primer libro de Lezama aparece un poema como “Muerte de Narciso”, que se

---

<sup>26</sup>María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit., p. 207-208.

<sup>27</sup>Este ensayo debe comprenderse, en primer lugar, como un complemento del ensayo de Jesús Moreno Sanz, “Insulas extrañas, lámparas de fuego (...)”, ya citado. En realidad sería imprescindible hacer una lectura simultánea de ambos, pues la experiencia en la *otra* isla, Puerto Rico, es equivalente a su experiencia de Cuba. Véase, por ejemplo, el capítulo de *Delirio y destino*, “15 de junio de 1940”, tan cercano a “La Cuba secreta” e, incluso, a “Las catacumbas”.

<sup>28</sup>En: Cintio Vitier, comp. *Juan Ramón Jiménez en Cuba*. La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1981. Dicho ensayo fue publicado por primera vez en *Revista Cubana*. La Habana, enero, febrero, marzo de 1938.

<sup>29</sup>Carta fechada en La Habana, en 1941. En: María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit., p. 201.

<sup>30</sup>Cintio Vitier. *Obras. 2. Lo cubano en la poesía*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1998.

<sup>31</sup>Cintio Vitier. “De las cartas que me escribió Lezama”. En: *Obras. 4. Crítica 2*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2001.

ha relacionado con “Cementerio marino”, de Paul Valery, poema que unos años antes, según comenta Moreno Sanz<sup>32</sup>, escuchaba María leer en francés a Victoria Ocampo en Madrid. Es muy significativo que en “Breve testimonio de un encuentro inacabable” ella exprese que “Las aguas creadoras, fecundas y vírgenes, él, Lezama, las buscaba y creía en ellas (...) Lo que él estaba buscando era la generación en el agua por la mirada fecunda y virgen, de la cual Narciso, tardío mito neoplatónico, puede ser un eco que se transformó en impostura”. No hay que olvidar tampoco que “Muerte de Narciso”, “Rapsodia para el mulo” y “El pabellón del vacío”, variantes los tres de la confianza de Lezama en la resurrección –otra coincidencia esencial con María- fueron leídos por la autora de *Claros del bosque*. Es muy significativo que María vea en “Rapsodia para el mulo” el secreto de su poesía, y que muchos años después, en 1978, cuando lee por primera vez el ensayo de Lezama “Confluencias” (1968), donde el poeta revela el origen de aquel poema, María le exprese a su viuda que encontró “un texto prodigioso de Lezama, ‘Confluencias’, que releí pasmada, anotándolo y todo”<sup>33</sup>. De “El pabellón del vacío”, último poema que escribiera Lezama, le dirá también a María Luisa Bautista que “yo no puedo verle desaparecer en el hueco del Tokonoma sino atravesándolo como cuerpo sutil, luminoso, dotado de verdadera vida”<sup>34</sup>, donde, como se verá después, se puede establecer una analogía con “el mar en llamas” que hay que atravesar...<sup>35</sup> Pero acaso lo más profundo que escribió sobre su amigo, y que nos vuelve a llevar al territorio de lo sagrado, se lo pudo decir a él mismo en carta fechada un año antes de su muerte, en 1975: “Tuvo Ud. siempre la virtud de que los íferos, lo de abajo, lo que queda, aparezca salvado sin dejar de ser”<sup>36</sup>, suerte de síntesis de su razón poética.

Es hora ya de comentar el texto más trascendente que escribió María Zambrano sobre Lezama y que, como advierte Moreno Sanz, fue uno de los más trascendentes que escribió la autora de *De la Aurora*, “Hombre verdadero: José Lezama Lima” (1977)<sup>37</sup>,

---

<sup>32</sup>Jesús Moreno Sanz. “Cronología y genealogía filosófico-espiritual”. En: María Zambrano. *La razón en la sombra. antología crítica*. Ed. cit., p. 681.

<sup>33</sup>María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit., p. 250.

<sup>34</sup>Ibid., p. 248.

<sup>35</sup>Para aproximarnos al significado espiritual de “el mar en llamas”, véase: Jesús Moreno Sanz. “Insulas extrañas, lámparas de fuego (...), en *Ob. cit.*, p. 213.

<sup>36</sup>Ibid., p. 231.

<sup>37</sup>Ibid. (Publicado originalmente en *El País*. Madrid, noviembre de 1977). Recientemente Javier Fornieles Ten ha encontrado entre los manuscritos de M. Z. en la Fundación otra versión titulada: “José Lezama Lima. Hombre verdadero”, y publicada en *Correspondencia entre José Lezama Lima y María Zambrano y entre María Zambrano y María Luisa Bautista*. Edición de Javier Fornieles. Sevilla, Ediciones Espuela de Plata, 2006. Es muy probable que esa sea la primera versión que, como ella ha contado, comenzó a

aunque se conoce que lo escribió en 1976, el mismo año de la muerte del poeta. Pero acaso antes conviene hacer una breve introducción.

Son muchas las referencias que hace a todo lo largo de su vida María Zambrano sobre la luz, el alba, la aurora, incluso el crepúsculo (rayo verde incluido), “la mar verde”, como ella extraña pero significativamente llama al mar de La Habana, a propósito de su estancia en las islas, Cuba y Puerto Rico. Algunas ya las hemos citado. Por ejemplo: “en La Habana he visto, bebido más que en parte alguna el alba, el alba hasta que salía el Sol que me asustaba”<sup>38</sup>, le dice a Lezama en 1976, a la vez que le envía un fragmento de su libro inédito *De la Aurora*. Pero donde es más profunda es en *Delirio y destino*, por la relación que establece entre la luz y la noche:

Habían pasado los días cayendo como gotas de luz, en esta isla apenas posada sobre las aguas. En esta isla en la luz, más que en el mar. Luz que la guardaba a veces como en un fanal azul y a veces la dejaba al descubierto, a la intemperie del fuego solar y de la luna. En el “invierno” la Isla es como una plataforma de tierra vuelta hacia los astros, como si flotara en el océano luminoso y oscuro del espacio interestelar. (...) Su “noche oscura” había estado poblada de luces, de lámparas ocultas “en las catacumbas” y ella las había visto, sentido más bien, desde esta luz regalada por la naturaleza tan pródigamente.<sup>39</sup>

Pero hay más, como un correlato de sus consideraciones acerca del orfismo poético en “La Cuba secreta”, cuando allí dice que: “Y así la poesía habitará como verdadera intermediaria en el oscuro mundo infernal y en el de la luz, donde las formas aparecen”, y como ya advertí en mi ensayo citado, precisamente a propósito de la mística de San Juan de la Cruz, aventura María Zambrano esa idea tan persistente en su

---

escribir en 1976, cuando se enteró de su muerte. Muchas de las ideas del texto publicado son el desarrollo de ideas que están ya esbozadas en la versión primera.

<sup>38</sup>Ibid., p. 231. En otra carta anterior, cuando la visita de José Angel Valente a La Habana, le dice: “Déle a ver a nuestro amigo la ceiba (sic), la hoja del yagrumo, a sentir el terral –a las 10 de la noche- y otros secretos de los que Ud. es depositario, de la felicidad que circula y se remansa en esa su Isla, un poco también mía o yo de ella, donde aprendía a mirar el alba y a acordar el oído al ritmo de la respiración de la noche, tan viviente”, p. 214. Es muy significativo cómo María fija, conserva la vivencia de estas realidades naturales, sagradas: en otra carta muy posterior, de 1979, le dice a Cintio Vitier: “Saludos (...) a la sacra Ceiba -y al yagrumo y al viento que hace el Mar Verde, Verde y transparente, y al Cielo...”. En: Ibid., p. 277. Lo mismo le acontece con el paisaje de Puerto Rico cuando lo describe en *Delirio y destino*. En este libro tienen mucha importancia, como revelaciones de lo sagrado, las realidades naturales, específicamente el mundo vegetal, que luego potenciará, ya dentro de su razón poética, en sus relaciones con el hombre y el animal, en sus vislumbres sobre el tiempo y los sueños. No es casualidad que en “Hombre verdadero: José Lezama Lima”, María destaque “la presencia de los árboles únicos, de los animales únicos, de los seres únicos...”.

<sup>39</sup>María Zambrano. “Desde La Habana a París”.

propio saber acerca de ese estadio, frontera, umbral, confín intermedios. Dice, a tenor del poema juanino “Canciones del alma, que se goza de haber llegado al alto estado de perfección, que es la unión con Dios, por el camino de la negación espiritual”, más conocido como “Noche Obscura” –y repárese en las equivalencias con el estado prenatal y su final solución poética-:

Parece que sólo la muerte sería el término de esta salida; pero no es así. Aunque parezca imposible existe un medio entre la vida y la muerte. San Juan nos muestra que se puede haber dejado de vivir sin haber caído en la muerte; que hay un reino más allá de esa vida inmediata, otra vida en este mundo en que se gusta la realidad más recóndita de las cosas. No ha sido un abandono de la realidad, sino un internarse en ella, un adentrarse en ella, “entremos más adentro en la espesura”. Por eso no es la nada, el vacío lo que aguarda el alma a su salida; ni la muerte, sino la poesía en donde se encuentran en entera presencia todas las cosas.<sup>40</sup>

Y a su vez Lezama parece responderle cuando le escribe sobre la muerte de Araceli: “Pero Ud. es de las personas que saben con gran precisión que nacemos antes de nacer y morimos antes de morir. Yo diría con cierta temeridad que tanto el nacimiento y la muerte de los que nos rodean y que queremos, nos es desconocido y que nunca lo podremos precisar”<sup>41</sup>. Toda esta noción del *estadio intermedio* es ampliamente desarrollada por Moreno Sanz en su ensayo “Insulas extrañas, lámparas de fuego”, aunque más a la vera de su experiencia puertorriqueña –tan equivalente en tantos aspectos con la de Cuba- y de su libro *Isla de Puerto Rico (Nostalgia y esperanza de un mundo mejor)*.

Ha relatado María Zambrano que el mismo día que recibe la noticia de la muerte de José Lezama Lima comienza a escribir su texto “Hombre verdadero: José Lezama Lima”. Es este, como reconoce Jesús Moreno Sanz, el texto más hermético y el más espiritual que escribiera la autora de *De la Aurora*, libro que también estaba escribiendo por entonces. Ya en una carta fechada en 1973 le escribe a su amigo cubano:

Se hace el silencio en ciertos estados precisamente en zonas que nada o muy poco tienen que ver con lo perecedero. El poder escribir me ha librado de la mudez y de ese hielo que tanto quema, de

---

<sup>40</sup>María Zambrano. “San Juan de la Cruz”. En: *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit. Para otras relaciones “cubanas” de María y san Juan de la Cruz, véase: Jorge Luis Arcos. “María Zambrano y la Cuba secreta”, en *Ob.cit.*

<sup>41</sup> Citado en “María Zambrano y la Cuba secreta”, en *Ob. cit.*

ese mar de llamas que según viejas tradiciones, el que muere ha de atravesar. Hace años me dijo un amigo italiano, Elemire Zola, que había encontrado en un sermón de San Efrén una alusión que permitía suponer que un Credo anterior al de Nizea lo decía de N. S. Jesús, no sé si antes o después de haber visitado los íferos. Y como el amor une, se siente así día y noche ese mar de llamas o más bien de fuego oscuro no eterno, no. La Aurora Consurgens siempre se presiente y aun se siente.<sup>42</sup>

Ya muerto su amigo, en la correspondencia que tiene con su viuda, María Luisa Bautista, ofrece dos claves para su ensayo. La primera, ante un envío que le hace esta, acaso *Fragmentos a su imán*, el poemario póstumo de Lezama, dice María: “supe que tenía ante mis ojos algo fuera de serie, algo único: perla rara de total pureza, oro vivo, esmeralda en la que se ha fijado el Rayo verde, aquel que yo atisbaba desde mi ventana sobre la bahía, frente al poniente y que ahora veo a veces entre las manos de Lezama o saliendo de él mismo. El secreto último del cielo de Cuba y de los trópicos según dicen, mas para mí de La Habana”<sup>43</sup>. Y reparemos, al pasar, en cómo María relaciona al rayo verde con esas piedras simbólicas<sup>44</sup>. Y en el ensayo “Hombre verdadero: José Lezama Lima”, María escribe: “Surge y sube la luz como una palma real. La palma que en el breve atardecer se mece levemente por ligereza y no por veleidad, como respuesta de su médula blanca en la que se cría un corazón al rayo de luz verde que no siempre la mirada alcanza a ver cuando el sol de fuego se ha hundido en la mar”. Donde en sorprendente analogía simbólica que hubiera sido muy cara a Lezama se corresponde lo telúrico con lo estelar. La segunda, cuando le confiesa: “María Luisa, yo rezo poquito, pero rezo. Padre Nuestro, Salve, Agnus Dei y alguna oración, invocación al Espíritu Santo. A veces delante de un cirio encendido que tengo en mi cuarto, cuando no soy vista. Ese día y ya, rezaré a la Aurora –‘Oh luz manifestada –que iguala al ojo con el sol’...”<sup>45</sup>, verso este del poema cosmogónico de Lezama “Las siete alegorías”, fechado

---

<sup>42</sup> María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit., p. 226.

<sup>43</sup> *Ibid.* p. 237.

<sup>44</sup> Véase sobre este tópico: Jesús Moreno Sanz. “Guías y constelaciones”. En: *María Zambrano. 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*. Madrid, Residencia de Estudiantes / Fundación María Zambrano, 2004, p. 242, nota 74, pues la relación simbólica del rayo verde con estas piedras preciosas puede apreciarse en este pasaje: “Más allá donde el horizonte se deslíe, se vislumbra la perla naciente, sin envoltura alguna, sola. No está dentro ni fuera de nada; no está, y por ello no puede ser visible mostrándose tan a las claras. Pura claridad de un cuerpo sin espesor ni condensación. Y que ya no se consume, por ser transparente. Llama pálida sin centro oscuro, sin resplandor, prenda, adelante de una pura visión, sin horizonte ya, más allá de la pasión que engendra el horizonte y de la voluntad que lo sostiene, más allá del padecer, del penar por ser, por ver, y aun por tocar, satisfacción también de los sentidos que buscan su materia. Ya no hay más que pensar cuando la perla por sí sola se da. La intangible y viviente perla, don, adelante de un cuerpo glorioso”.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 251-252.



en febrero de 1973, e incluido en *Fragmentos a su imán* (1977), texto que será el centro del ensayo de María Zambrano, “Hombre verdadero: José Lezama Lima”. En realidad este texto, en muchos momentos, en un diálogo con el poema de Lezama, poema ya de por sí hermético. Ya en una carta fechada en 1967, María se disculpa con Lezama porque no le ha podido enviar, de Henry Corbin, *La imaginación en Ibn-Arabi y Terre precieuse et corp de resurreccion*.<sup>46</sup> ¿Llegó Lezama a leer estos libros? Lo cierto es que la carta de María a Lezama, del 23 de octubre de 1973, ya citada, donde le habla del “mar de llamas”, es anterior a la redacción del poema. ¿Fue entonces ese poema una respuesta a la carta de María? En otro poema del mismo libro, pero fechado en octubre de 1973 –por lo que no parece posible que fuera escrito después de recibir la carta de María-, Lezama escribe: “Sus silenciosos tumultos / son llamas en el agua, / que ven de cerca, día por día, / el reloj coralino / que ensaliva la eternidad”<sup>47</sup>. Los fragmentos del poema en cuestión, “Las siete alegorías”, que María cita y recrea, piensa y comprende, y también responde, es el siguiente (y en donde se comprende aquel juicio posterior de María sobre *las aguas creadoras, fecundas y vírgenes*, en que creía Lezama):

Saltan las aguas sopladadas por la gran boca.  
De esa boca sale el espíritu que ordena  
la sucesión de las olas.  
Es la quinta alegoría,  
como otra cuerda de la guitarra.  
La alegoría del Agua Ignea.  
Un agua salta  
quema las conchas y las raíces.  
Tiene de la hoguera y del pez,  
pero se detiene y nombra el aire,  
llevándolo de choza en choza,  
quemando el bosque después de las danzas  
que se esconden detrás de cada árbol.  
Cada árbol después será una hoguera que habla.  
Donde el fuego se retira  
salta la primera astilla del mármol.  
El Agua Ignea demuestra que la imagen  
existió primero que el hombre,

---

<sup>46</sup> Ibid., p. 222.

<sup>47</sup> En otro poema muy anterior, “Un puente, un gran puente”, de *Enemigo rumor* (1941), libro que elogió María, Lezama escribe: “En medio de las aguas congeladas o hirvientes, / un puente, un gran puente que no se le ve...”, donde ya está implícita la visión del “mar de llamas” como tránsito.

y que el hombre adquirirá ¿donde?  
el disfraz final del Agua Ignea.

Teseo trae la luz  
el sextante alegórico.  
La luz es el primer animal visible de lo invisible.  
Es la luz que se manifiesta,  
la evidencia como un brazo  
que penetra en el pez de la noche.  
Oh luz manifestada  
que iguala al ojo con el sol.

En definitiva, lo esencial es el reconocimiento, por parte de María, de Lezama como “hombre verdadero”, que ha alcanzado con su muerte la resurrección –tal como apetece Lezama en “El pabellón del vacío”. “Arbol único”, le llama María, que ya ha *atravesado* su vida –“el Mar en Llamas”, el Agua Ignea. No está de más recordar que en el antecedente simbólico de aquel poema, “Rapsodia para el mulo” –como vimos, para María, donde reside el secreto de la cosmovisión poética de Lezama- aparece ya la imagen anagógica del árbol. La imagen simbólica, creadora, genésica, del mulo que cae en el abismo, hacia “el agua de los orígenes” o “Arbol que no se extiende en acanalados verdes / sino cerrado como la única voz de los comienzos” o “Arbol de sombra o árbol de figura”..., antes de resumir esta rapsodia, resistencia trágica, sacrificial –imagen de toda su poética- con la resurrección: “al fin el mulo árboles encaja en todo abismo”. El mulo que desciende a las entrañas, a lo sagrado, a lo telúrico para sembrar, parir árboles que se alzan hacia lo estelar, ya que, dice Lezama, “sembrar en lo telúrico es hacerlo en lo estelar”. Por cierto, todo el poema estará recorrido también por la imagen de la *pedra*, tan cara a María Zambrano. Sólo quiero recordar, a manera de incitación, que en una carta a María Luisa, María cita un fragmento de un poema de Lezama, presumiblemente “Censuras fabulosas”, al igual que “Rapsodia para el mulo”, de *La fijeza*, donde se lee: “La roca es el Padre, la luz es el Hijo. La brisa es el Espíritu Santo”. La imagen del mulo, descendiendo a los ínferos, a lo sagrado y devolviendo árboles, parece avenirse con la imagen también anagógica de la palma real: “Surge y sube la luz como una palma real”. Más esotérica es la entrevista relación, diálogo, respuesta del corazón de la palma (su fruto, *médula blanca*, la pulpa del coco), ¿de la luz? con “el rayo de luz verde”. El fruto de la tierra como imagen de la luz que asciende. Pasa

entonces a la referencia de la “Muerte auroral”: el descendimiento del sol en el mar como imagen del descendimiento a las entrañas, a lo sagrado, “lo inacabable”, *apeiron* primordial. Y el rayo verde como respuesta<sup>48</sup>, imagen creadora del *sacrificio* necesario, imagen pues de Lezama, el Poeta, y de la misma Razón poética.

Se hace necesario introducir aquí un extenso pasaje de la primera versión, “José Lezama lima: Hombre Verdadero”, sobre el rayo verde. Nótese que la relación del rayo verde y el árbol es explícita, así como las referencias al “agua ígnea” del poema de Lezama. Escribe María:

El rayo verde del crepúsculo cubano –tropical- que se eleva detrás del último recorte, perfil del Sol perfecto hasta lo último a imagen de sí mismo, el rayo verde tan enigmático, dio su sentido cierto, su imperativo en el Poeta. No es espejismo, ni refracción aunque físicamente lo sea, espada de la luz que no refleja ni (¿) la aparición sin figura, imperativo del ángel que no habla Arcángel del Verbo que exige desde el principio la abstención del fantasear, la pulcritud de la sensación, de los sentidos y sentires en sus raíces lavadas con el agua ígnea. Espada el rayo

---

<sup>48</sup> El misterioso “rayo verde”, fenómeno estrictamente físico, óptico, que puede observarse en el trópico, por ejemplo, en la costa norte de Cuba, preferentemente en los meses más calurosos, de junio a principios de septiembre, cuando el mar está en absoluta calma (*mar de plato*, se dice entonces), y en el instante en que, con un cielo también absolutamente despejado, la punta de la corona del sol se hunde en el horizonte y despide en un instante un rayo de luz verde, puede acaso relacionarse con esa “perla” o “esmeralda”, también evocada por María Zambrano en la carta citada a María Luisa Bautista, viuda de Lezama, y como es descrita en “La perla”, de *Notas de un método*, como tan bien me ha hecho ver Jesús Moreno Sanz en “Guías y constelaciones”. *Ob. cit.*, p. 242. Asimismo, la conjunción del cielo azul, el mar azul más oscuro o casi verdinegro, y el sol, ya no amarillo sino casi rojo, ofrecen, en un abrir y cerrar de ojos, la creación del rayo verde. Muy relacionado con esto vale el siguiente comentario de Jesús Moreno Sanz: “Es en el diapasón –el recorrerlo todo, el a través de todo- de los pensadores espirituales y poetas que no se han desprendido del *antes* y el *tras* de la idea, del envés de la idea, como Zambrano recorre el amplio espectro y el arco iris de la luz de los místicos, y lo ve todo ello simbolizado en las islas; en la *sim-bolé*, en la unión que ellas significan de los elementos: del agua, la tierra, el fuego y el aire; y alguno más sutil que Zambrano comenzará a ver en el *rayo verde* de la aurora habanera”. Esta última confusión de Jesús Moreno Sanz, cuando sitúa el rayo verde en la aurora y no en el ocaso, es significativa, pues, en realidad, esos dos momentos son simbólica y espiritualmente equivalentes para María Zambrano. Digamos que, en Cuba, tanto la aurora o el alba y el ocaso, son dos de sus vivencias carnales de lo sagrado. No por gusto, también relacionado con el rayo verde, en “Hombre verdadero: José Lezama Lima”, María evoca la “muerte auroral” de Lezama como “Muerte auroral de comunión de evaporada y escondida forma, de forma pura más allá de su promesa”. Incluso, el verso gnóstico lezamiano, que tanto cita –y con el que reza- María: “Oh luz manifestada que iguala al ojo con el sol”, alude de hecho a esa fusión simbólica (y sagrada) del ser que mira y lo mirado. El rayo verde ¿qué es en última instancia sino fruto de esa combustión? La creación de lo mirado, que transforma a lo que mira. Pero, recordemos, con Nietzsche, que el abismo también nos mira... Pero como todo lo que preserva su misterio, el rayo verde ¿no es también imagen de la resurrección?: acaso “la llamita de la resurrección, ya”, como le dice María a Cintio Vitier en una carta... Hay que recordar enseguida que simbólicamente el verde es un color mediador, de tránsito entre todos los colores (aunque también en la simbología cristiana se asocia a la esperanza) como los mulos lezamianos que siembran árboles en el abismo, como todo símbolo anagórico, que une lo telúrico con lo estelar, lo sagrado con lo divino. El rayo verde es el *más* poético, o *sobrenatural* *leza*, el *súbito*, fruto de ese *espacio gnóstico* lezamiano; es la creación pura, sobreabundante del espíritu universal. Y el rayo verde ¿no es también, digo ahora siguiendo a Jesús Moreno Sanz, esa luz *que queda*, que nace, que se salva de y en lo oscuro: *lámparas de fuego* o, incluso, *zarza ardiente*?

verde que no cae desde el cielo sobre las cabezas de los hombres y su pensamiento, que no corta el aliento, el simple aliento de la libertad y no solo su cuerpo, que surge desde abajo detrás de la imagen del sol incandescente que cede porque va a extinguirse -¿sólo por eso?- a ser mirada sin castigo de ceguedad –allá en el trópico-, espada hacia arriba como una planta que viene de lo hondo de la tierra, una raíz lograda. Que si el cielo le permite con naturalidad tanta ha de ser, quizás, porque de él cayó la semilla o porque en la tierra oscura alguna semilla privilegiada alienta que solo instantáneamente muestra su tallo, indicio del árbol nunca habido, quizás escondido en alguna clara gruta al borde del mar, quizás en el mar mismo, más allá de su oscuro fondo donde tanta luz se alza.<sup>49</sup>

En definitiva, Lezama como encarnación del Verbo, memoria del verbo genésico: “y ese fuego que devora, que atraviesa el mar de llamas y permite al hombre, inevitablemente arrojado a él, transitarlo, encontrar el sutilísimo paso y todavía en la vida inmediata ir memorizando el verbo”, escribe María. Y en el acápito siguiente, titulado “Una meditación”, Lezama reaparece como el *ángel* o “poeta guardián” que ha sabido sortear el peligro, el *hechizo*, del hermetismo de lo sagrado, porque lo devuelve como meditación (claridad, luz) o respiración. Ya refiriéndose concretamente a su novela *Paradiso*, dice que es “una meditación sobre el principio en el tránsito en que se hace origen, sobre el Padre y la Madre donde el laberinto del hijo se aclara”. Recordar que si el hijo es el Espíritu Santo, también es el Poeta (Cemí), y que Lezama se opone a la imagen de Heidegger del hombre –el poeta, enfatiza Lezama- como un ser para la muerte, con la del poeta como un ser para la resurrección. En otro momento María le agradece a Lezama su frase: “No hay espíritu absoluto porque hay Espíritu Santo”. Todo este extenso pasaje en el ensayo de María es la ilustración del centro mismo de la cosmovisión poética lezamiana, su *agón* órfico-católico, su lucha trágica por no quedar apresado, luego de su descendimiento, en el mundo de lo sagrado *sin redención*, sin ascender de nuevo hacia la luz: ángel que surge de “los abismos de la luz”. Dice finalmente María:

El fuego reacio al aire y que nunca llegará a ser aliento si el poeta guardián no lo conduce a ser llama dándose él mismo en ella, si es preciso, como salamandra que danza y se escapa en el aire y en la luz. La fijeza ha liberado la movilidad de los elementos, “raíces del ser”, para que la sustancia y la palabra se manifiesten sin desarraigarse y para que el hombre, como árbol único, alcance su verdad única.

---

<sup>49</sup> *Correspondencia...* Ed. Cit., pp. 302-303.

Luego pasa al comentario del poema de Lezama, “Las siete alegorías”, en el acápite titulado “Agua Ignea”, donde entra de lleno en la consideración de la *imagen* en Lezama, tema que no podemos agotar aquí. Pero recordemos que Lezama cifró todo su llamado Sistema poético del mundo en su teoría de la Imagen. Si el hombre perdió su semejanza, su identidad con Dios, sólo le queda la posibilidad de ser imagen, recuerda siempre Lezama. “La imagen tiene que empatar o zurcir el espacio de la caída”, dice también. O cita la frase de Pascal: “como la verdadera naturaleza se ha perdido, todo puede ser naturaleza”. Entonces será la Imagen la que llene ese vacío, la que cree una *sobrenaturaleza*. La imagen o, como él dice, “el cubrefuego de la imagen”, la imagen como la *mediadora* entre lo telúrico y lo estelar, será la respuesta del hombre, del poeta contra la *fijeza*, el *enemigo rumor*, la *resistencia* que opone el mundo tantálico o tanático de lo sagrado sin redención. Imagen que, además, y esto es acaso lo más importante, “no pierde nunca la primordialidad de donde procede” (*lo que queda*). Y para Lezama la mayor imagen es la de la resurrección, como dice expresamente en muchos de sus ensayos, y cómo manifiesta en acto en el final de sus tres poemas arquetípicos en este sentido: “Muerte de Narciso”, “Rapsodia para el mulo” y “El pabellón del vacío”. Finalmente, reparemos en que esa imagen de la transcendencia en Lezama es una imagen *encarnada*: variante lezamiana de la razón poética de María Zambrano. Dice María a propósito del hombre verdadero y de Lezama Lima: “Sólo el verbo en el hombre verdadero se memoriza” En la primera versión de este texto es más explícita: “Y el poeta verdadero se da a ver como lo que no ha podido dejar de ser, una manifestación del Hombre Verdadero”, y también: “En el centro de la danza imposible, el hombre verdadero, sin desfallecer el poeta verdadero, nunca solo, nunca a solas”<sup>50</sup>. Y Lezama pudiera responderle desde uno de sus más antiguos sonetos. Ante la pregunta del final de uno de ellos: “¿Y si al final no nos acuden alas?”, responde Lezama en el siguiente: “Pero sí acudirás; allí te veo, / ola tras ola, manto dominado, / que viene a invitarme a lo que creo: / mi Paraíso y tu Verbo, el encarnado.” Todo lo comprende perfectamente María Zambrano en su acápite siguiente y conclusivo, titulado “La zarza ardiente” (y nótese que aquí está implícito el símbolo de la transfiguración católica, imagen también de las nupcias de lo sagrado y lo divino, de las metamorfosis salvadas con la transfiguración, de lo analógico con lo anagógico, de lo horizontal con lo vertical,

---

<sup>50</sup> *Correspondencia...* Ed. Cit., pp. 304 y 305, resp.

de lo telúrico con lo estelar, de los Dioses con el Dios único, del Espíritu encarnado en suma, aunque también el símbolo de la Cruz), cuando expresa: “Para que allá, en la infinitud, al hombre encomendada y no sólo prometida, la imagen sea memoria-pensamiento, se vaya dando la encarnación, la sustancialización de la imagen en la que lo amorfo de la sustancia se redima y su muerte inevitable se encamine así a la resurrección”. Permítaseme transcribir íntegramente el último párrafo del ensayo de María Zambrano que he venido comentando, “Hombre verdadero: José Lezama Lima”, para apreciar cómo la *exégeta andaluza* (digo con frase de Rubén Darío) resume todo con la certera imagen de una razón poética en acto. Ante la pregunta del propio Lezama, que reitera María ya descifrándola: “La zarza ardiente, ¿fuente quizá del Agua ígnea?”, concluye este su texto ya acaso no tan hermético:

El agua ígnea que “tiene de la hoguera y del pez -pero se detiene y nombra el aire”, se nos figura que sea el Mar de Llamas en el que se baña una y otra vez junto a los dioses el Hombre verdadero y a la vez el río que los deposita al borde de la Zarza ardiendo del Dios único, que abrasará los dioses que le rendirán su esencia. Y hará del Hombre llama suya dándole una muerte auroral, señal del sacrificio aceptado.

“¡Oh luz manifestada! / que iguala al ojo con el sol.”<sup>51</sup>

Lezama era la encarnación viviente –como ella- de la razón poética. Por ello, cuando acaso el mayor poeta vivo le regala su mayor elogio: las nupcias de lo telúrico, las entrañas, lo sagrado, con lo estelar, en el poema que le dedicó, donde escribe: “María es ya para mí / como una sibila / a la cual tenuemente nos acercamos, / creyendo oír el centro de la tierra / y el cielo del empíreo, que está más allá del cielo visible. Vivirla, sentirla llegar como una nube, / es como tomar una copa de vino / y hundirnos en el

---

<sup>51</sup> Dice, antes de citar este mismo texto, Jesús Moreno Sanz: “Ya en 1977, año final en La Pièce, escribirá María Zambrano su texto más hermético y hermoso sobre este hombre verdadero en “Lezama Lima: hombre verdadero”. Y allí encontramos todas estas temáticas –y a la que se añade esa danza de figuras que constelan a la mujer –en Perséfone hermana del poeta (‘¡Emilio, hermano, hijo!’), y en la rueda y el árbol único, y lo inmóvil creando el ordenado movimiento, y sus *raíces del ser*, y al fin constelado todo con el rostro que queda: el ángel que ha surgido de los abismos de la luz, guiando ya, como luego hará con Nietzsche y Ortega, al propio Lezama Lima a su rostro más verdadero, interpretándole no sólo como católico-órfico, como él se había definido, sino en una clarísima, y muy luminosa, simbología gnóstico-sufí al fin reconducida a la guía única de la aurora. La guía-aurora que se ejercitará de pleno en el libro *De la Aurora* es la que literalmente incendia este escrito en el elemento que recoge los cuatro clásicos, y lo deja en el borde, en el confin de lo que ya había denominado ‘la santa Realidad sin nombre’ en *Claros del bosque*.” En: “Guías y constelaciones”. *Ob. cit.*, p. 234. Véase también, en la misma fuente, la nota 78, sobre la aurora y la palabra, en p. 245, y la nota 81, sobre “el ojo purificador”, en p. 248.

légamo”, acaso la mayor pensadora viva le devuelve el elogio con igual jerarquía: “Y gracias por su vino y por el légamo. Tuvo Ud. siempre la virtud de que los ínferos, lo de abajo, lo que queda, aparezca salvado sin dejar su ser. Dios se lo pague”.

### *De la Historia*

Por último, no quiero concluir esta ya larga introducción sin aludir a un tema que ha devenido algo polémico últimamente, y que tiene que ver con “el modo de vivir la historia” de María Zambrano. Ya en mi introducción a *La Cuba secreta y otros ensayos*, aludí extensamente a las concurrencias entre la visión de la historia por parte del pensamiento poético origenista y a la vivencia de la historia de María Zambrano. En un ensayo reciente, “El legado de María Zambrano en Cuba”<sup>52</sup>, amplio y matizo esa relación. Fue precisamente María quien en “La Cuba secreta”, aludió a la relación con la historia del origenismo, cuando expresa: “Los *Diez poetas cubanos* nos dicen diferentemente la misma cosa: que la isla dormida comienza a despertar como han despertado un día todas las tierras que han sido después historia”. A través de estas palabras pueden comprenderse mejor los juicios de Lezama sobre la imagen como causa secreta de la historia, su tesis de la *profecía*, desarrollada en un comentario sobre un poemario de Cintio Vitier, *Extrañeza de estar*, así como el tema común a Orígenes del imposible histórico, y la fe lezamiana de la encarnación futura de la imagen, de la poesía, en la historia. Ella misma aclara enseguida: “es de esperar que no se interprete este pensamiento como negación de lo que Cuba ha conquistado de Historia, ni como desvalorización de lo que ha producido y anda en vías de producir de pensamiento. Despertar poético, decimos, de su íntima substancia, de lo que ha de ser el soporte, una vez revelado de la Historia y que ha de acompañar el pensamiento como su música interna”. A partir de este pensamiento, Cintio Vitier ha ido articulando la profecía ontológica y poética de María Zambrano con su propia lectura teleológica de Orígenes, según la cual este movimiento formaba parte de una cultura para la Revolución. Con una suerte de lectura antrópica y francamente teleológica, Vitier ha querido ver en la revolución cubana el fin de -como le llamaría María Zambrano- una historia apócrifa; ha querido ver en esa revolución el cumplimiento de la profecía lezamiana sobre la encarnación de la Poesía en la Historia; y, reduciendo todavía más el alcance

---

<sup>52</sup> Entregado para su publicación a la revista *Revuelta*. Puebla, México, enero, 2007.

cosmovisivo y trascendente, tanto de Lezama como de María Zambrano, ha querido ver, retrospectivamente, la justificación de Orígenes con la revolución cubana. Pero ha ido más lejos, y ha relacionado simbólicamente la partida definitiva de María Zambrano de Cuba en 1953 con el hecho totalmente inconexo de que ese mismo año sucede el asalto al Cuartel Moncada, que inicia la insurrección armada del Movimiento 26 de julio contra la tiranía de Fulgencio Batista. Este es un tema de muy vasto alcance, por lo que no puedo agotarlo aquí<sup>53</sup>. Ciertamente, tanto Lezama, como el propio Vitier, en el momento del triunfo de la revolución cubana, pensaron legítimamente que el imposible histórico había llegado a su fin. Lezama llegó a escribir “que todos los conjuros negativos han sido decapitados”, que es “el alba de la era poética entre nosotros”, y quiso ver en la época naciente a la última de sus eras imaginarias... Ahora bien, la historia continuó su curso inexorable e imprevisible, y, ciertamente, el propio Lezama no pudo suscribir con posterioridad aquel comprensible júbilo, aquel idealismo romántico que sustentó en los albores de la revolución. La historia es conocida: Lezama terminó sus días en un completo ostracismo. Cuando muere, en la versión inicial que escribe María Zambrano de “Hombre Verdadero: José Lezama Lima”, la autora de *Persona y democracia* es muy clara con respecto a aquel controvertido acontecimiento histórico, y derrotando toda posible lectura teleológica viteriana, expresa:

*De esa danza sacro-profana que si hubo al alboreo del “momento Histórico” se rompió por obra de los poderes que mandan desde las oficinas del tedio –ese tedio que aun como tufo a distancia despiden los lugares del poder donde la sonrisa se congela en máscara. Y así se prosigue sonriendo cuando se decreta patriarcal y de otro lado fraternalmente la asfixia de la imprevista aurora, y de este modo la danza se quiebra por el poder uno o dual o quíntuplo -¿qué más da?- y aparece en lugar del corro sacro, las cadenas. Y la palabra puesto que siempre hay que usarla se usa, se usa, se derrama, la palabra dicha en vano (En el centro de la danza imposible, el hombre verdadero, sin desfallecer el poeta verdadero, nunca solo, nunca a solas) Y al ser así no seguirá la danza sacra dándose bajo la historia, por encima de la historia, en lo remoto invulnerable, cielo donde la semilla imprevisible reiteradamente cae.*

---

<sup>53</sup> Sobre esta problemática he publicado dos artículos recientes en el periódico digital *Encuentro en la red*: “El barroco carcelario” y “Contra las oficinas del tedio”, martes 4 de julio, 2006, y miércoles 15 de noviembre, 2006, resp.



Si de profecías se trata, prefiero quedarme con la que le expresa en una carta Lezama a María:

*Desde aquellos años está en estrecha relación con la vida de nosotros; eran años de secreta meditación y desenvuelta expresión. La veíamos con la frecuencia necesaria y nos daba la compañía que necesitábamos. Eramos tres o cuatro personas que nos acompañábamos y nos disimulábamos la desesperación. Porque, sin duda, donde usted hizo más labor de amistad secreta e inteligente fue entre nosotros. De ahí empezábamos ya a verla con sus ojos azules, que nos daban la impresión de algo un tanto sobrenatural que se hacía cotidiano. Yo recuerdo aquellos años como los mejores de mi vida. Y usted estaba y penetraba en la Cuba secreta, que existirá mientras vivamos y luego reaparecerá en formas impalpables tal vez, pero duras y resistentes como la arena mojada<sup>54</sup>.*

Madrid, noviembre, 2006

---

<sup>54</sup> M. Z. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Cit.